

## LIBRO NONO.

## SUMARIO.

*Siempre indignada Vénus contra Telémaco, pide á Júpiter que le destruya; pero no permitiéndolo los hados, concierta con Neptuno que á lo ménos le aleje de Itaca adonde Adoam le conducia. Valense para ello de una engañosa divinidad, que haga al piloto Atamas entrar á toda vela en el puerto de Salento, creyendo arribar á la isla de Itaca. Entran con efecto, y el rey Idomeneo recibe en su nueva ciudad á Telémaco á tiempo que estaba preparando un sacrificio á Júpiter por el suceso de la guerra que tenia con los Mandurienses. Consultando el sacerdote las entrañas de las víctimas, da al rey las mayores esperanzas, y le persuade que á los dos nuevos huéspedes les será deudor de su felicidad.*

**M**IENTRAS que Telémaco y Adoam se entretenian en estos discursos, olvidados del sueño, y sin echar de ver que iba ya pasada la mitad de la noche, una deidad enemiga y engañosa les alejaba de Itaca, cuya isla buscaba en vano el piloto Atamas; porque si bien Neptuno protegía á los Fenicios, no podia tolerar por mas tiempo ver á Telémaco libre del naufragio que les arrojó á las rocas de la isla de Calipso. Pero aun estaba mas resentida Vénus de ver que aquel jóven triunfase á su despecho del amor y de todos sus encantos: y en un arrebatado de su enojo deja á Citerea, deja á Pafos é Idalia,

y los honores con que se le honra en Chipre: la eran ya insoportables unos sitios que la recordaban el desprecio que en ellos habia hecho Telémaco de su imperio. Sube al resplandeciente Olimpo, donde se habian juntado los dioses cerca del trono de Júpiter, y desde donde ven á sus pies girar en torno á los astros: el globo de la tierra no les parece mayor que un montoncito de lodo, y los inmensos mares no les parecen sino unas gotas de agua que le humedecen: á sus ojos no son los grandes imperios mas que un poco de arena que cubre la superficie de aquella porcioncita de lodo: los pueblos numerosos, y los mayores ejércitos, hormigas que se disputan un arista de paja. Ríense de los negocios mas serios en que se agitan los hombres, y les parecen juegos de niños; y lo que los hombres llaman grandeza, poder y profunda política, no les parece á aquellas supremas divinidades sino miseria y flaqueza.

En mansion tan encumbrada sobre la tierra colocó Júpiter su inmutable trono: sus ojos penetran hasta el abismo, y ven los mas ocultos secretos de los corazones: todo le está presente: sus miradas apacibles y serenas difunden por el orbe entero la calma y la alegría: por el contrario, cuando ceñudo mueve su cabellera, se estremecen los cielos y la tierra: los mismos dioses, deslumbrados con los rayos de gloria que de él emanan, tiemblan al acercársele.

En el momento pues en que llegó Vénus asistian al rededor de su trono todas las deidades celestes: presentase la diosa con todos los hechizos que nacen en su seno: su airoso ropage aun brillaba mas que todos los colores de que se viste Iris entre la opacidad de las nubes cuando viene á prometer á los amedrentados mortales el fin de la tempestad, y á anunciarles la sere-

nidad : llevábale ceñido con aquel famoso cinto en que se veían retratadas las gracias (1), y el cabello atado con gracioso descuido con un cordon de oro. A todos los dioses sorprendió su hermosura , como si nunca la hubiesen visto ; y no les deslumbró ménos que Febo á los hombres , cuando despues de una larga noche les da en los ojos con sus rayos. Mirábanse unos á otros con admiracion , y las miradas de todos terminaban siempre en la diosa. Repararon que llevaba arrasados los ojos en lágrimas , y pintado en el rostro un profundo dolor.

Ibase acercando la diosa al trono de Júpiter con sereno y ligero paso , semejante al ave que con rápido vuelo hiende el inmenso espacio de los aires. Miróla Jove con agrado : sonrióse , se levantó , y la recibió con los brazos. Querida hija mia , la digo , ¿qué te affige ? Al ver tus lágrimas se contrista mi corazon : no dudas descubrirme el tuyo , pues no dudas de mi cariño.

¿Es posible , padre de los dioses y de los hombres , le respondió Vénus con voz dulce , aunque interrumpida de suspiros , que á vos , que todo os está presente , se os oculte la causa de mi dolor ? No contenta Minerva con haber destruido hasta los cimientos la opulenta ciudad de Troya , que yo protegía ; y de haberse vengado de París (2) , porque prefirió mi hermosura á la suya ,

---

(1) Vénus engendró á las tres Carites ó Gracias que la acompañaban regularmente : lo que ha dado á los poetas la idea de esa cinta misteriosa de que se habla aquí.

(2) Habiendo echado la Discordia una manzana de oro en medio de los convidados á las bodas de Peleo y de Tétis , cuya manzana , segun el rotulo que llevaba , se debía adjudicar á la mas hermosa , disputárouselo Juno , Palas y Vénus ,

conduce por sí misma á todas partes y por todas tierras y mares al hijo de Ulises , del cruel destructor de Troya : ella es la que acompaña á Telémaco , y está la causa de que hoy no asista aquí , en el lugar que la corresponde entre las demas divinidades ; y ella la que para mi ultrage condujo á ese temerario jóven á la isla de Chipre : él se ha burlado de mi poder , no dignándose ni aun de quemar incienso en mis aras : él ha manifestado el mayor horror á las fiestas que en mi honor se celebran , y él por fin se ha negado á todos los placeres que mi divinidad consagra. En vano Neptuno , para castigarle , á mi instancia sublevó contra él los vientos y las olas : arrojóle en un naufragio á la isla de Calipso , y en ella triunfó del Amor mismo que yo envié para que se apoderase de su corazon. Ni su juventud , ni las gracias de la diosa y de sus ninfas , ni lo que es mas , las encendidas flechas del Amor , pudieron contrarestar los artificios de Minerva : arrancóle de la isla , y así logró dejarme confundida y afrentada. Ved á un nino triunfar de la diosa Vénus.

Júpiter , para consolarla , la dijo : Verdad es , hija mia , que Minerva defiende á ese jóven de las flechas de tu hijo , y que le prepara una gloria que jamas ha merecido jóven alguno. Yo siento que despreciase tus altares ; pero no puedo someterle á tu poder. Lo único que me es posible hacer , y haré por tu amor , será traerle todavía vagando por mares y tierras , hacerle vivir léjos de su pátria y espuesto á toda suerte de trabajos y

---

y tomaron á París por juez de su contienda. Seducido este por los atractivos de Vénus , se decidió á su favor , lo que le acarreo el odio de las otras dos diosas.

peligros , pero que perezca , ni que su virtud sucumba á los placeres con que halagas los hombres , no lo permiten los hados. Consolaos pues , hija mia : contentaos con tener bajo vuestro imperio tantos otros héroes , y tantos inmortales.

Diciéndola esto , la miró , sonriéndose con la mayor gracia y magestad , y despidió de sus ojos un rayo de luz mas luminoso que el mas encendido relámpago. Dió á Vénus un tierno ósculo , y difundió un olor de ambrosia , que embalsamó el Olimpo. No pudo la diosa ser insensible á semejante demostracion de cariño del máximo de los dioses : á pesar de sus lágrimas y de su dolor se vió sobresalir en su rostro la alegría , y se echó el velo para ocultar el rubor que la encendia las mejillas y la confusion en que se hallaba. Toda la asamblea de los dioses aplaudió la determinacion de Júpiter ; y Vénus , sin perder momento , fué á concertar con Neptuno los medios de vengarse de Telémaco.

Contóle lo que Júpiter la habia dicho , y Neptuno la respondió : Ya sabia yo la órden inmutable de los hados ; mas ya que no podemos abismar á Telémaco en las olas del mar , empleemos todos los medios de hacerle infeliz , y de retardar su regreso á Itaca. No consentiré que perezca el navío Fenicio en que va embarcado , eso no : aió á los Fenicios : la Fenicia es mi pueblo , y ella es la nacion que mas frecuenta mi imperio : á ella se debe que por medio del mar se asocien todas las naciones del mundo : ella frecuenta mis altares , haciéndome continuos sacrificios : los Fenicios son justificados , sabios y laboriosos en el comercio , y por medio de él llevan á todas partes la comodidad y la abundancia. Por ningun motivo daré lugar á que naufrague ninguna de sus naves : lo que sí haré , será ofus-

car al piloto de tal modo , que en lugar de arribar se aleje de Itaca.

Contenta Vénus con esta oferta , desplegó una risa maligna , y se volvió en su carro volante á los floridos prados de Idalia , en donde las gracias , los juegos y las risas diéron pruebas de la alegría que su vista les causaba , danzando al rededor de la diosa sobre las flores , que llenan de fragancia aquella deliciosa mansion.

Inmediatamente envió Neptuno una divinidad engañosa , que así como los sueños engañan al dormido , engañase á Atamas despierto. Llegó pues la deidad malhechora con una multitud de aladas ficciones que volaban á su rededor , y derramó un suave y encantado licor en los ojos del piloto , el cual exáminaba atentamente la claridad de la luna , el curso de las estrellas , y la playa de Itaca , cuyas escarpadas rocas veía ya bastante cerca.

Desde aquel momento era todo fingido : nada de verdadero le representaban los ojos : fingido era el cielo , y fingida la tierra que miraba : las estrellas se le representaban como si hubiesen mudado y retrocedido en su curso : el movimiento del Olimpo parecia seguir nuevas leyes : hasta la tierra estaba mudada : una supuesta Itaca que le engañase tenia presente el piloto mientras se alejaba de la verdadera. Cuanto mas se adelantaba hácia la engañosa playa , tanto mas ella se retiraba : huía de delante de él , y no sabia á que atribuir la fuga : alguna vez llegó á creer que ya oía aquel murmullo que comunmente anda en los puertos ; y se disponia , segun la órden que se le habia dado , á ir secretamente á desembarcar en una pequeña isla , inmediata á la grande , con el fin de ocultar á los amantes de Penelope , conjurados contra Telémaco , el regreso de este príncipe.

Otras temia los escollos que rodean aquella costa, y le parecia oír el espantoso bramido de las olas que contra ellos se estrellan: luego notaba repentinamente que la tierra aun estaba muy distante, y en esta distancia no eran las montañas mayores á sus ojos que las pequeñas nubecillas que al ponerse el sol suelen oscurecer el horizonte. Atónito se hallaba Atamas; y era tal la impresion que le causaba la engañosa deidad, que llegó á sentirse sobrecogido de un cierto modo, desconocido de él hasta entónces. Tentado estuvo á creer que no estaba despierto, y que todo aquello se le representaba en la fantasía por las ilusiones del sueño.

Entretanto mandó Neptuno al viento de oriente que soprase hácia las costas de la Hesperia (1); y el viento obedeció con tanta violencia, que tardó bien poco en poner el navío en la ribera que Neptuno le habia mandado. Ya la aurora anunciaba el día, y las estrellas, temerosas de los rayos que envidian al sol, iban á ocultar en el océano su escasa brillantez, cuando gritó el piloto: ¡ya en fin no me queda duda de que estamos casi tocando en la isla de Itaca! Alegraos, Telémaco, que dentro de una hora podréis ver á Penelope, y acaso hallaréis á Ulises restituido á su trono.

A esta lisongera voz, despierta Telémaco, que descansaba en brazos del sueño: se levanta, salta al timon, abraza al piloto, y fija los ojos apénas abiertos en la vecina costa; y como en ella no reconoce las de su patria, exclama, dando un suspiro: ¡ay de mí! ¡donde estamos! ¡esta no es mi patria querida! os habeis en-

---

(1) La Hesperia es aqui la Italia llamada así por los Griegos, por estar al poniente respecto á ellos.

gañado Atamas: mal conoceis esta costa tan apartada de vuestro pais. No me engaño, le respondió Atamas, ni es posible engañarme, cuando estoy reconociendo la isla por la ribera. ¡Cuántas veces he entrado en vuestro puerto! conozco hasta sus rocas mas pequeñas, tanto que no me son mas familiares las de Tiro; y en prueba de ello, ¿no veis esta montaña que se acerca, y aquel peñasco que parece una torre? ¿no oís las olas que rompen en estas rocas, y parecen que en su caída amenazan al mar? ¿no veis allí el templo de Minerva, cuya altura se pierde en las nubes? Ved á ese otro lado la fortaleza palacio de Ulises vuestro padre.

Os engaños, Atamas, le respondió Telémaco: yo veo por el contrario una costa elevada; pero llana: veo muy bien una ciudad; pero que no es la de Itaca. ¡O dioses, de este modo os burlais de los hombres!

Miéntas Telémaco así se lamentaba, se hizo en los ojos de Atamas una mutacion repentina: rompióse el velo, y deshízose el engaño, y entónces vió la playa tal, cual verdaderamente era, y reconoció su error. Yo lo confieso, Telémaco, dijo: Algun dios enemigo ofuscaba mi vista: creía estar viendo á Itaca, y tener delante su imágen; pero en este instante desaparece como un sueño, é ya estoy viendo otra ciudad, que sin duda es la de Salento (1), la cual acaba de fundar en la Hesperia Idomeo fugitivo de Creta. Veo los muros que aun le faltan que concluir, y veo el puerto que aun no está enteramente fortificado.

Miéntas que Atamas notaba las diferentes obras nue-

---

(1) Salento, ciudad Capital del pais de los Salentinos, hoy la tierra de Otranto en la Pulla, en el reino de Nápoles.

vamente hechas en aquella ciudad, y Telémaco lloraba su desgracia, el viento que Neptuno hacia soplar les metió á toda vela en una rada, donde se hallaron al abrigo, y muy inmediatos al puerto.

Mentor que no ignoraba ni la venganza de Neptuno, ni el cruel artificio de Vénus, no habia hecho mas que reirse del error de Atamas; y cuando se hallaron en la rada, le dijo á Telémaco: Júpiter te prueba, pero no quiere tu ruina; ántes por el contrario quiere probándote abrirte camino para la gloria. Acuérdate de los trabajos de Hércules: ten presentes los de tu padre; y no te olvides de que la falta de sufrimiento prueba la falta de magnanimidad. Con la paciencia y el valor debes cansar la cruel fortuna, que se complace en perseguirte. Mas quiero verte ser el objeto de la venganza de Neptuno, que satisfecho con las lisongeras caricias de la diosa que en su isla te retenia: ¿qué nos detiene? entremos en el puerto, y hallaremos un pueblo amigo: un pueblo griego. Idomeneo, tan perseguido de la fortuna, necesariamente se compadecerá de los desgraciados. Inmediatamente entraron en el puerto, donde no hubo dificultad en recibirlos, porque los Fenicios están en paz, y hacen el comercio con todas las naciones del mundo.

Miraba Telémaco con admiracion esta naciente ciudad semejante á una nueva planta, que refrigerada con el rocío de la noche presente desde la mañana los rayos del sol que se acercan á embellecerla, crece con ellos, abre sus tiernos capullos, estiende sus verdes hojas, y presenta sus olorosas flores esmaltadas con infinita variedad de colores; y cada vez que se la mira, se la encuentra un nuevo adorno: así florecia en la playa la nueva ciudad de Idomeneo: por instantes crecia su magnificencia, y en los nuevos ornatos de arquitectura

que se elevaban hasta el cielo daba bien que mirar á los navegantes que la veían de léjos. En toda la costa resonaba el murmullo y el martillo de los trabajadores: veíanse piedras enormes suspendidas en el aire, pendientes de gruesas maromas, por medio de las máquinas: los principales de la ciudad animaban al pueblo á trabajar desde que salia la aurora; y el mismo rey Idomeneo, distribuyendo por todas partes sus órdenes hacia adelantar la obra con una increíble presteza.

Luego que arribó el navío Fenicio, diéron los Cretenses á Telémaco y á Mentor todas las muestras de una sincera amistad, y fuéron al instante á dar al rey noticia de la llegada del hijo de Ulises. ¡El hijo de Ulises! exclamó Idomeneo, ¡de Ulises, aquel caro amigo, aquel sabio héroe, por cuya virtud conseguimos arruinar á Troya! Conducídmeme aquí para darle pruebas de lo que amé á su padre. Inmediatamente le presentaron á Telémaco, quien, diciéndole su nombre, le pidió la hospitalidad.

Idomeneo le respondió con semblante afable y risueño: aun cuando no me hubieran dicho quien erais, creo que os hubiera conocido; porque sois tan semejante á vuestro padre, que en vos estoy viendo sus ojos llenos de fuego, y cuyas miradas eran tan penetrantes: su aire á primera vista frio y reservado, pero que escondia tanta vivacidad y gracia: veo tambien en vos aquella fina sonrisa, la dulzura de sus palabras sencillas y significativas que persuadian sin dejar tiempo para desconfiar. Con efecto, vos sois el hijo de Ulises, y tambien lo seréis mio. Sí, Telémaco, vos seréis mi hijo querido. ¿Pero qué casualidad os conduce á estas riberas? ¿venís acaso buscando á vuestro padre? Mas ah! que yo no tengo de él ninguna noticia. Ambos hemos sido per-

seguidos de la fortuna, él en no poder restituirse á su patria, é yo en haber hallado en la mía irritados contra mí á los dioses.

Miéntras que Idomeneo decia esto, miraba fijamente á Mentor como queriendo conocerle; pero no acordándose de su nombre.

Telémaco le respondió bañados en lágrimas los ojos: ¡O rey! perdonad si no puedo disimular el dolor que me aflige, cuando solo debiera manifestar con la alegría el reconocimiento que debo á vuestras bondades. Por el sentimiento que haceis de la pérdida de Ulises, me enseñáis vos mismo á sentir la desgracia de no hallarle. Ya hace mucho tiempo que le ando buscando por todos los mares; pero irritados los dioses no permiten que le halle, ni que sepa si ha naufragado: se oponen á que yo vuelva á Itaca, donde Penelope se consume en deseos de verse libre de sus amantes. Yo creí hallaros en la isla de Creta, y en ella supe vuestro cruel destino: jamas pensé llegar á ver el nuevo reino que habeis fundado en la Hesperia, pero la fortuna, que se burla de los hombres, y que me trae vagando por el mundo, y tan léjos de mi patria, me ha arrojado á vuestras costas; y entre todos los males que me ha causado, me es este el mas soportable, porque si me aleja de mi patria, tambien me da á conocer el mas generoso de los reyes.

Idomeneo le respondió con un estrecho abrazo, y conduciéndole á su palacio, le preguntó: ¿quién es ese venerable anciano que os acompaña? A mí me parece haberle visto ántes de ahora muchas veces. Es Mentor, le respondió Telémaco, digno amigo de Ulises, á quien dejó confiada mi educacion, y á quien soy deudor de mas de lo que es posible decir.

Inmediatamente se le acercó Idomeneo, le alargó la

mano, y le dijo: Nosotros nos hemos visto ántes de ahora. ¿Os acordais del viage que hicisteis á Creta, y de los buenos consejos que me disteis? Mas entónces me arrastraba el ardor de la juventud, y la propension que ella tiene á los deleites, y se oponian á que los siguiese. Ha sido necesario que aprenda en mis infortunios lo que en la prosperidad me hubiera sido imposible: ¡pluguiese á los dioses que os hubiera creído! Mas estoy reparando, no sin admiracion, cuan poco se ha alterado vuestro semblante, á pesar de tantos años como desde entónces han discurrido: conservais la misma frescura, el mismo vigor, la misma agilidad: solo advierto que vuestros cabellos se han encanecido un poco.

Gran rey, le respondió Mentor, si yo fuese adulator, os diria tambien que conservabais aquellas gracias de la juventud, que resplandecian en vuestro rostro ántes del sitio de Troya; pero mas quiero desagradaros, que ofender á la verdad: ademas de que, por lo que acabo de oiros, conozco que huís de la lisonja, y que nada se aventura en hablaros con sinceridad. Vos habeis decaído tanto, que con dificultad os hubiera conocido. Bien claramente se deja inferir ser la causa los trabajos que habeis padecido, pero no habeis ganado poco en tolerarlos, pues os han enseñado á ser prudente. El hombre debe consolarse fácilmente de que las arrugas afeen su rostro, miéntras el ánimo se acostumbra y fortifica en la virtud. Ademas de que los reyes se consumen mas que los otros hombres, porque la adversidad, la afliccion del espíritu y los trabajos del cuerpo les envejecen ántes de tiempo; y en la prosperidad les aniquilan mas las delicias de una vida afeminada, que los trabajos de la guerra. Nada hay tan malo como el deleite en que el hombre no puede conte-

nerse. De aquí procede que los reyes, sea en paz ó en guerra, tienen siempre disgustos y complacencias que les aceleren la vejez ántes que debiese naturalmente venir. Una vida sobria, moderada, sencilla, exenta de inquietudes y pasiones, arreglada y laboriosa, conserva en los miembros del sabio la frescura de la juventud, que sin estas precauciones está siempre dispuesta á huir en alas del tiempo.

Oíale Idomeneo con la mayor complacencia, y no hubiera querido que cesase, si no le hubieran advertido los suyos que era la hora de hacer el sacrificio que á Júpiter tenia ofrecido. Siguiéronle Telémaco y Mentor entre una multitud del pueblo que atrajo la curiosidad á ver aquellos dos extranjeros: mirábanles detenidamente y con reflexion, y se decían unos á otros: ved aquí dos hombres bien diferentes. El jóven tiene cierta viveza y amabilidad en el semblante, y en todo su aspecto y su persona brillan las gracias de la hermosura y de la juventud, sin que se descubra nada de flojo, ni afeminado; y sin embargo de sus pocos años, parece robusto, esforzado y endurecido para el trabajo. El otro, aunque de mucha mas edad, no ha perdido nada de su vigor: á primera vista parece ménos alto y airado; pero mirado despacio, da en su sencillez indicios ciertos de sabiduría y de virtud, y de una grandeza que admira. Cuando los dioses han descendido á la tierra á comunicar con los mortales, no tiene duda que han tomado semejantes figuras de extranjeros y viageros.

Llegáron por fin al templo de Júpiter, que Idomeneo, su descendiente, habia adornado con extraordinaria magnificencia. Estaba rodeado de dos órdenes de columnas de mármol jaspeado: eran de plata los chapiteles, y todo el incrustado de mármol con bajos re-

lieves, que representaban á Júpiter transformado en toro, llevándose robada á Europa (1), por medio de las ondas, que le respetaban, sin embargo de la estraña forma que habia tomado. Veíase despues el nacimiento y la juventud de Minos; y en edad mas avanzada dar leyes á su isla para perpetuar en ella la felicidad y la abundancia. Notó tambien Telémaco los principales sucesos del asedio de Troya, en que adquirió Idomeneo la reputacion de gran capitán. Entre los combates representados buscó cuidadosamente á su padre, y le halló con efecto cogiendo los caballos de Reso, á quien Diómedes (2) acababa de matar, y en otra accion disputando con Ajax las armas de Aquiles en presencia de todos los oficiales del exercito griego. Vióle en fin salir del fatal caballo á derramar tanta sangre troyana.

Inmediatamente le conoció Telémaco por aquellas proezas de que muchas veces habia oído hablar, y que Mentor mismo le habia referido. A su vista se le cayéron las lágrimas, mudó de color, y en el rostro mostró su turbacion. Advirtiolo Idomeneo, por mas que hizo Telémaco por ocultarlo, y le dijo: No os avergonceis de parecer sensible á la gloria y á los infortunios de vuestro padre.

Entretanto se iba juntando el pueblo en los vastos pórticos que formaban los dos órdenes de columnas que

(1) Europa era hija de Agenor, rey de los Fenicios y hermana de Cadmo. Robóla Júpiter transformado en toro. Ella fué quien dió su nombre á la primera de las cuatro partes del mundo.

(2) Diómedes, rey de Etolia, hijo de Tideo, se distinguió mucho en el asedio de Troya, y fué uno de los que se llevaron el Paladio.

rodeaban el templo, en el cual habia dos coros de jóvenes de ámbos sexos, que entonaban himnos en loor del dios que tiene en la mano los rayos. Estos niños, escogidos al intento de la figura mas agradable, estaban vestidos de blanco, el cabello suelto por la espalda, y coronados de rosas. Hacia Idomeneo al dios Júpiter este sacrificio de cien toros para que le fuera propicio en la guerra que contra sus vecinos habia emprendido. Véase humear por todas partes la sangre de las víctimas, y correr en las grandes copas de oro y plata destinadas á este fin.

El anciano Teofanes, amigo de los dioses, y sacerdote del templo, tenia durante el sacrificio cubierta la cabeza con una estremidad de su vestidura de púrpura: pasa á examinar las entrañas, aun palpitantes de las víctimas, y sentándose despues en el sagrado trípode, esclama: ¡O dioses! ¿quiénes son estos dos estrangeros que el cielo nos envia? ¿qué funesta nos fuera sin ellos la guerra! Salento seria arruinada ántes que concluida. Yo veo un héroe jóven, á quien la sabiduría conduce por la mano..... pero no le es dado á un mortal decir mas.....

Al llegar á pronunciar estas palabras, miraba con fiereza, le centelleaban los ojos, y parecia ver otros objetos que los que tenia presentes: encendiósele el rostro: estaba conmovido y como fuera de sí: se le erizó el cabello, y tenia alzados é inmóviles los brazos, alterada la voz, y mas fuerte que la humana: faltábale el aliento; y no pudiendo contener en el pecho el espíritu divino que le agitaba, volvió á esclamar:

¡O feliz Idomeneo! ¿qué es lo que estoy viendo! ¿cuántas desgracias evitadas! ¿qué dulce paz en lo interior! ¡y cuántos combates y victorias por defuera!

¡O Telémaco! tus trabajos exceden á los de tu padre: el fiero enemigo gime abatido bajo los golpes de tu espada: las puertas de hierro, y las inaccesibles murallas caen á tus pies. ¡O gran diosa! á quien su padre..... ¡ó jóven! tú en fin volverás á ver..... Al decir esto espiran las palabras entre los labios, y queda á pesar suyo, como en un respetuoso silencio.

Todo el pueblo estaba sobrecogido de temor: Idomeneo asombrado no se atreve á pedirle que acabe: hasta el mismo Telémaco sorprendido apenas comprende, ni cree las sublimes predicciones que oye. Solo Mentor es él que no se admira del espíritu divino. Ya sabeis, le dijo á Idomeneo, los decretos de los dioses. Con cualquiera nacion que tengais que combatir, en vuestras manos tendréis la victoria, y al hijo de vuestro amigo seréis deudor de la prosperidad de vuestras armas. No le envidieis esta dicha: contentaos con lo que los dioses por él os otorgan.

No habiéndose aun recobrado Idomeneo de su asombro, buscaba en vano palabras con que responder, tanto se le habia entorpecido la lengua; pero mas pronto Telémaco dijo á Mentor: nada me interesa toda esa gloria que se me promete: ¿mas á quien harán relacion aquellas últimas palabras: tú volveras á ver..... será á mi padre, ó solo á Itaca? ¡Ay de mí! ¿qué no las acabase! En mayor incertidumbre he quedado que estaba. ¡O Ulises, padre mio! ¿seréis vos á quien he de volver á ver? ¿será esto verdad? pero el deseo me lisongea. ¡Cruel oráculo, tú te complaces en burlarte de un desdichado! Con una palabra mas me hubieras hecho el mas afortunado de los hombres.

Respetá, le dijo Mentor, lo que los dioses revelan, y no intentes descubrir lo que quieren ocultar. Una te-



meraria curiosidad merece que se la confunda. Los dioses, por un efecto de su infinita sabiduría y bondad, ocultan á los débiles mortales su destino en una oscuridad impenetrable. Está bien que el hombre procure saber lo que de él depende para desempeñarlo con religiosa exactitud; pero no que se atreva á investigar lo que no está á su cuidado, ni lo que de él quieren hacer los dioses.

Penetrado de estas verdades, se aquietó Telémaco, aunque no sin violentarse.

Mas Idomeuo, recobrado de su asombro, empezó por su parte á dar á Júpiter alabanzas, porque le enviaba al jóven Telémaco y al sabio Mentor para que triunfase de sus enemigos. Despues de un abundante convite, que sucedió al sacrificio, se volvió á sus huéspedes, y les dijo:

Yo confieso que no conocia aun bastante el arte de reinar, cuando despues del sitio de Troya volví á Creta. Ya sabeis, amigos míos, los azares que me privaron de reinar en aquella gran isla, pues habeis estado en ella despues de mi partida. ¡Pero felice yo si los reyeses de la mas adversa fortuna han contribuido á enseñarme, y hacerme mas moderado! Como un fugitivo, perseguido de la venganza de los dioses y de los hombres, he atravesado los mares: toda mi grandeza pasada solo me servia de hacerme mas vergonzosa y ménos soportable mi caída. Llegué por fin á poner en salvo mis dioses Penates (1) en esta costa desierta, en que no hallé mas

(1) Los dioses Penates, llamados tambien Lares y Domésticos, eran honrados por los Paganos como los protectores de sus casas, y les ofrecian vino é incienso en sacrificio.

que terrenos incultos, cubiertos de zarzas y espinas; bosques tan antiguos como la tierra que les sustenta, y rocas casi inaccesibles abrigo de fieras bravas. Víme reducido á alegrarme de poseer con el corte número de soldados y compañeros que quisiéron seguirme en la desgracia esta tierra salvaje, y hacer de ella mi pátria, pues que ya no me era posible volver á aquella fortunada isla en que me hizo el cielo nacer para reinar. ¡Ah, decia entre mí, qué mudanza! ¡de qué ejemplo tan terrible debo yo servir á los reyes! ¡cuanto con vendria que todos los que en el mundo reinan me viesesen, para que en mí escarmentasen! Ellos creen que su elevacion sobre el resto de los hombres nada les deja que temer, siendo su misma elevacion por la que deben temerlo todo. Yo era temido de mis enemigos, y amado de mis vasallos: mandaba á una nacion poderosa y aguerrida: la fama habia hecho resonar mi nombre por todos los ángulos del mundo: reinaba en una isla fértil y deliciosa: cien ciudades me pagaban anualmente un tributo de sus riquezas, y me reconocian por descendiente de Júpiter, nacido en su pais: me amaban como al nieto del sabio Minos, á cuyas leyes debian su poder y su prosperidad. ¿Qué me faltaba para ser feliz mas que saber gozar con moderacion de tanta fortuna? Pero mi orgullo, y la lisonja á que dí oídos, derribaron mi trono. Así caerán tambien los reyes que se gobiernen por sus pasiones, y por los consejos de los aduladores.

Miéntas duraba el dia procuraba con semblante alegre y lleno de esperanza alentar á los que me habian seguido. Fundemos, les decia, una nueva ciudad que nos consuele de todas nuestras pérdidas. Rodeados estamos de pueblos que con su ejemplo nos animan á

emprenderlo. Bien cerca de nosotros tenemos á Taranto, fundada por Falanto con sus Lacedemonios. Filoctetes da el nombre de Petilia á la gran ciudad que ha fundado en la misma costa. Metaponto es tambien otra colonia. ¿Y harémos por ventura ménos que todos esos extranjeros, errantes como nosotros? Animo, pues que ya la fortuna se ha cansado de perseguirnos.

Así procuraba suavizar los trabajos de mis compañeros, al paso que mi corazón padecia mortales aflicciones. Era para mí un consuelo que se alejase la luz del dia, y se apresurasen las tinieblas á envolverme en sus sombras para llorar con libertad mi desventura: mis ojos, hechos fuentes de lágrimas, desconocian el sueño; y cuando ya volvía la luz del nuevo dia á disipar la oscuridad de la fugitiva noche, volvía yo tambien con nuevo fervor á mis acostumbradas tareas. Esta es, Mentor, la causa de que me veais tan envejecido.

Acabó Idomeneo de referir sus trabajos, y pidió á Telémaco y á Mentor que le ayudasen en la guerra en que se hallaba comprometido, y fenecida que sea, les dijo, os restituiré á Itaca. Entretanto recorrerán mis naves las costas mas lejanas para adquirir noticias del paradero de Ulises; y os ofrezco sacarle de cualquier parte del mundo conocido á que le haya arrojado cualquiera borrasca, ó la cólera de los dioses. Ojalá que aun sea vivo. A vos os enviaré en las mejores que se hayan construido en Creta de las maderas del monte Ida en que nació Júpiter, las cuales son innaufragables: los vientos y las rocas las temen y respetan: el mismo Neptuno en su mayor cólera no se atreviera á conmovier las olas contra ellas. Estad cierto que volveréis felizmente y sin dificultad á Itaca, y que no habrá nin-

guna enemiga deidad que pueda hacer os andar errantes por mas tiempo: la travesía es corta y fácil: despedid el navío Fenicio que aquí os ha conducido: por ahora no penseis mas que en adquirir la gloria de establecer el nuevo reino de Idomeneo, para reparar por este medio sus pasadas desgracias. Este es, hijo de Ulises, el medio para que seais tenido por digno de vuestro padre; y aun cuando los rigurosos hados le hubiesen hecho descender al tenebroso reino de Pluton, toda la Grecia se regocijaria creyendo verle en vos.

Aquí llegaba Idomeneo, cuando le interrumpió Telémaco: despedamos, dijo, el navío Fenicio. ¿Qué nos impide correr á las armas y atacar vuestros enemigos? ya lo son nuestros. ¿Si vencimos en Sicilia peleando por Acestes, siendo Troyano, y enemigo de los Griegos, con cuanto mas ardor combatiémos ahora favorecidos de los dioses por uno de los héroes griegos que destruyéron la ciudad de Priamo? El oráculo que acabo de oír no nos lo deja dudar.